

El país de los profetas

Hace más de treinta años que un reconocido cirujano maxilofacial afirmó sin pudor, en un foro público, que *“un odontólogo con un bisturí en la mano, representaba un claro peligro público”*.

Unos años antes, otro rancio profesor universitario, cuyos pensamientos no solían visitar el lóbulo frontal, afirmó que *“la Odontología nunca alcanzaría la calidad técnica y científica de la Estomatología”*.

Hace pocas semanas y cerrando el círculo de los despropósitos, la Sociedad Española de Medicina Estética declaraba, con altas dosis de atrevimiento, que *“la oferta terapéutica de los odontólogos descartaba cualquier tipo de actuación en medicina estética, debiendo ceñirse a la promoción de la salud bucodental”*.

Lo peor de los falsos profetas es que actúan bajo la tiranía del miedo, intentan confundir con engaños a la población y saben, de manera cierta, que nunca han sido bendecidos por el Señor con el don de la inteligencia.

Las competencias de la Odontología han sido, hasta hoy, consecuencia del imparable desarrollo científico y técnico que nuestra profesión ha alcanzado en estos últimos años, y han sido los distintos ministerios competentes, las universidades, las sociedades científicas, la Agencia Española del Medicamento y el Consejo General de Dentistas, los encargados de validar cada una de nuestras conquistas terapéuticas.

Realizar declaraciones intempestivas, alejadas de la realidad, con una clara intencionalidad económica de limitar la competencia y dirigidas hacia otra área de conocimiento que no es la propia, no pueden ser tomadas en serio, salvo que sus autores desearan difundir a los cuatro vientos el delirante contenido de una falsa profecía.

José María Suárez Quintanilla

Director de RCOE

